



CUESTIONES DE PAZ EN SAN AGUSTÍN

Ensayo sobre cuestiones de paz en San Agustín

CUESTIONES DE PAZ EN SAN AGUSTÍN

Ensayo sobre cuestiones de paz en San Agustín

Con San Agustín el conocimiento de uno mismo es imprescindible para conocer a Dios (*“que yo me conozca a mí mismo, que yo te conozca Señor”*) y por tanto para alcanzar la paz.

Agustín comienza a reflexionar **en el libro XIX de la Ciudad de Dios**, acerca de la importancia de la paz, como uno de los mayores bienes no sólo de la vida eterna, sino también de la vida terrenal: *‘Porque es tan singular el bien de la paz, que aún en las cosas terrenas y mortales no sabemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni finalmente podemos hallar cosa mayor.’* Al respecto, nos parece pertinente señalar que, como constante del pensamiento agustiniano, sólo puede haber paz definitiva en la vida eterna, mientras que en la Civitas Terrena la paz la experimentamos, parafraseando al hiponense, como un bien incierto y dudoso. Tal afirmación cobra sentido sobre todo en perspectiva ontológica, en la medida en que el orden de lo creado, en el estado temporal, reviste el sello de la corruptibilidad. Sin embargo, es esencial destacar que ambas paces (celestial-terrenal), si bien son cualitativamente diferentes, no existe una intención por parte de Agustín de divorciarlas o desvincularlas. Por el contrario, creemos que pueden establecerse múltiples relaciones dialógicas entre ambas paces, que ponen como eje teórico decisivo la propia actitud y disposición de los hombres. Actitud que se objetiviza en la articulación medio-fin, en la medida que para los ciudadanos de la Civitas Dei, por lo menos la parte que peregrina en la tierra, la paz terrenal es medio para alcanzar la paz eterna; en cambio, para los ciudadanos de la Civitas Terrena, la paz terrena es un fin absoluto.

En su sentido más general, la paz (pax) es la ausencia de disensiones y conflictos. Como tal, la paz se realiza perfectísimamente en un mundo de absoluta unidad, en un mundo en el que hay *“una sola cosa y no muchas”*. En el mundo realmente existente, que es un mundo de multiplicidad, la paz se encuentra en la tranquilidad del orden (tranquilitas ordinis), la disposición de las cosas semejantes y no semejantes, de manera que cada una de ellas tenga su lugar apropiado (civ. Dei 19.13.1). La paz entre los hombres nace de la *“unidad de corazón”* (concordia), que tiene su raíz en el amor de amistad. La paz de un hombre es perfecta únicamente cuando el amor de la persona está bien ordenado y posee todo cuanto desea (en Ps. 84.10; s. 357.2; mor. 1.3.4).

La paz es uno de los conceptos centrales del pensamiento de San Agustín. La fuerza impulsora de toda acción humana **es el deseo de felicidad, y nadie puede ser feliz si no tiene paz**. No hay nada sobre lo que hablemos tanto, que deseemos más ardientemente, que acogamos tan satisfactoriamente al lograrlo – en una palabra, no hay nada tan bueno – como la paz (civ. Dei 19.11).

La meta de todo hombre es encontrar paz, pero el camino para conseguirla es difícil. La paz depende de una voluntad buena, una voluntad que esté impulsada por un amor ordenado, y en las circunstancias actuales los hombres encuentran que tal amor es difícil de mantener (exp. Prop. Rm. 13-18; en Ps. 121.12).

Aunque en sus primeros años parece que Agustín creía en el poder de la voluntad humana para elegir, sin ayuda, el bien, él llegó a estar luego cada vez más convencido de que la capacidad para elegir



rectamente y amar bien dependían de la gracia de Dios. De hecho, en los escritos de San Agustín que hemos estudiado, afirmamos que llegó a la conclusión de que la paz es verdaderamente un don de Dios, y no una realización humana (civ. Dei 15.4). Si los hombres aceptan plenamente ese don, éste los consuela y fortalece en medio de las presiones actuales de la vida y asegura que su vida después de la muerte esté libre de todo conflicto (Jo.ev.tr.104,1).

Si la paz es el objeto primordial del amor de una persona durante esta vida, entonces la codicia se vence y la envidia desaparece (exp. Gal 52). *Así sucede, porque la paz es el único bien que puede compartirse con muchos, sin que disminuya la porción propia de cada uno* (s.357.1).

Según el Padre de la Iglesia, para que una persona tenga paz perfecta, tiene que haber armonía interna y externa. El cuerpo ha de tener un equilibrio ordenado entre sus partes; el alma, una satisfacción ordenada de sus apetitos. Los apetitos sensuales no han de apetecer ni demasiado mucho ni demasiado poco de las cosas materiales que son necesarias para el sustento de la vida física. Los apetitos intelectuales han de reflejar una correspondencia entre el deseo y los valores morales.

La paz interna de una persona depende del buen orden que exista entre el cuerpo y el alma y la salud en la totalidad del ser vivo. La paz entre los hombres llega con una amistad ordenada o “unidad de corazón” (concordia). La paz en la familia llega cuando tal amistad se refleja en un arreglo armonioso entre la autoridad y la obediencia entre las personas que conviven. La paz entre las personas que viven en una comunidad política se basa en una armonía entre los gobernantes y los gobernados. Finalmente, la paz de la ciudad celestial, la sociedad más ordenada y armoniosa, se realizará al fin de los tiempos, cuando los hombres y los ángeles se gocen en Dios y se gocen los unos en los otros a causa de Dios (civ. Dei 19.13.1).

Queremos destacar que Agustín señala límites de la paz terrena. En la vida presente puede hallarse alguna paz, pero la paz perfecta la lograrán tan sólo después de la muerte aquellos que están destinados a alcanzar el cielo. Hay, por lo menos, tres razones de esto. La primera y más importante es que la perfección de la paz llega cuando la paz es permanente, pero tal cosa no está asegurada hasta que la persona disfrute de aquella visión directa y de aquel amor perfecto de Dios que elimina incluso la posibilidad de pecar. Tal visión no podrá llegar sino después de la muerte. En segundo lugar, aun en el caso de que tengamos todo lo que alguien pueda desear en esta vida (Agustín ya enumeraba cosas como el dinero, una familia numerosa, hijos irreprochables, hijas bonitas, copas rebosantes, multitud de ganado, vallas en perfecto estado, cercas intactas, ningún tumulto ni riñas en las calles, tan sólo quietud y paz, abundante riqueza en el hogar y en el Estado), lo mejor que podemos lograr es una especie de paz “de segunda mano”. Todo eso no colma todos nuestros anhelos, porque es temporal, vinculado a cosas materiales y, por tanto, destinado algún día a perecer (en. Ps. 143.18; 89.9).

Aunque estemos satisfechos de lo que tenemos en el momento presente, la perspectiva de la muerte origina temor de que todo lo que poseemos aquí y ahora ha de perderse finalmente (b.vita 2.11). Se precisa algo más para que nuestra paz y felicidad lleguen a ser perfectas: el que no hayan de terminar nunca (mor. 1.3.5). Finalmente, mientras haya vida de este lado de la muerte, habrá conflicto, conflicto interno con un cuerpo que poco a poco se va deshaciendo y un alma que está asediada constantemente por tentaciones.

Resalta Agustín que el esfuerzo por lograr la paz ha de comenzar dentro de uno mismo. No podemos esperar atraer a otros a la paz, a menos que la poseamos nosotros internamente, y aquí al menos, en el ámbito interior, es un poco de verdad aquello de que “*amar es poseerla*” (s.357.2-3). No



siempre podremos controlar nuestros tiempos, pero siempre podremos tener algún control sobre nuestra reacción ante nuestros tiempos. Viviendo una vida buena, hacemos que nuestros tiempos sean buenos, por lo menos en cuanto a la repercusión que éstos tengan sobre nuestro destino eterno. *Una vida buena da base para la esperanza, y en esa esperanza podemos hallar paz interior* (s.80.8).

El crear tal paz será siempre una tarea difícil. Mientras vivimos en nuestro cuerpo que se va desintegrando, debemos hacer frente a nuestra carne inquieta y a nuestro espíritu debilitado. Tan sólo una persona que no tenga ninguna tentación, tan sólo una persona que esté finalmente libre del hambre, la sed, la enfermedad y el cansancio, podrá hallar completa paz dentro de sí misma. Si se carece de eso, habrá que librar siempre una batalla diaria, habrá siempre una amenaza o al menos una distracción de una vida interior sin conflicto (en. Ps. 84.10). Por tanto, no estamos nunca libres de angustia. En el mejor de los tiempos, lo bueno y lo bello de este mundo nos tientan; en el peor de los tiempos, corremos peligros de ser aplastados (s. 20A.1).

Aun el más avanzado en virtud, aquel que esté aquí y ahora en paz, consigo mismo y con el mundo, habrá de seguir batallando para retener esa paz, consciente siempre de que Dios le asistirá en las fatigas y le coronará cuando por fin logre el éxito (s.61A7).

Como comentábamos en el foro, según el obispo de Hipona, después de haber alcanzado una módica cantidad de paz interna, entonces la persona podrá buscar la paz con otras personas. Hay dos reglas básicas para las relaciones pacíficas con otros. En primer lugar, no tenemos que hacerles daño; en segundo lugar, hemos de tratar lo más posible de beneficiarlos (civ. Dei 19.14). *Idealmente la paz con otros se basa en una confianza mutua y serena, como la que se da entre amigos inseparables* (s.357.1), *pero realísticamente dependerá a menudo tan sólo de juramentos pronunciados por bárbaros desconocidos* (ep. 47.2). *Semejante paz con extraños será siempre frágil e incierta; incluso la paz con aquellos a quienes conocemos no sobrevivirá quizás a los cambios que mañana se produzcan en ellos (o en nosotros)*. (civ. Dei 19.5).

Para terminar este ensayo y a modo de conclusión sobre la consideración de Agustín de **Paz terrena y Paz celestial**, resaltamos algunas instancias:

La primera de las cuales radica en la valoración positiva de la paz terrena, que sólo puede encontrarse en las mismas construcciones y convenciones de los hombres en sociedad para posibilitar la real convivencia entre los dos tipos de ciudadanos, es decir los de la **Civitas Terrena y los de la Civitas Dei**. Al mismo tiempo tal convivencia sólo es pensable en términos negativos, sobre todo en relación a la necesidad de la coerción.

La segunda se orienta en acentuar la importancia de la paz terrena como uno de los medios óptimos para alcanzar la paz eterna, en la medida que posibilita vínculos sociales, en donde es posible el ejercicio racional. Para Agustín son indispensables los tiempos de paz, como condición de posibilidad para la contemplación y reflexión, por ejemplo, de las Escrituras. Es en tal sentido que valora la paz lograda por el Imperio Romano, dado que fue medio para que la palabra de Dios, pudiese propagarse por vía de la expansión de la Iglesia.

El escepticismo de Agustín, en considerar la posibilidad de tiempos extremadamente largos de paz, no invalida su juicio positivo con respecto a ellos, pues aún bajo el supuesto de considerar a la guerra como parte de la naturaleza humana, ésta no logra comprenderse sin el axioma de la paz.

Santiago Agüero Mañoz



BIBLIOGRAFÍA

P.-T. Camelot, “St. Augustine, Doctor of Peace”, Cross and Corwn 6. 69-80.

C. Cary-Elwes. “Peace in the City of God”, La Ciudad de Dios 167.

San Agustín. La Ciudad de Dios. L.XIX, Pág.464.Club de Lectores. Bs.As. 1989

San Agustín. Op. Cit. L. XIX. Cap. XV, Pág. 477.

San Agustín. Op. Cit. L. XIX. Cap. XV, Pág. 478.



Traucción al inglés de este artículo

SAINT AUGUSTINE'S PEACE QUESTIONS

This essay aims to share our study and reflections done about Saint Augustine's peace questions.

As it was said in previous activities, to know ourselves is essential for peace. With Saint Augustine, the knowledge of oneself is essential to know God (*Lord, let me know myself and let me know You*) and, therefore, to achieve peace.

Saint Augustine's first reflections about the importance of peace as, not just one of the greatest goods during the eternal life, but also during the earthy life, appear on the **Book XIX of City of God**: *"For peace is a good so great, that even in this earthy and mortal life there is no word we hear with such pleasure, nothing we desire with such zest or find to be more thoroughly gratifying."* On this, we consider appropriate to stress that, as a constant of the Augustinian thought, the ultimate peace can only exist in the eternal life, while the peace experienced in the Civitas Terrena is, paraphrasing the man from Hippo, an uncertain and doubtful good. This affirmation is meaningful under an ontological point of view, as far as the order of the creation, in its temporal condition, covers the mark of corruptibility. However, to stress that Saint Augustine does not have the intention to separate nor dissociate both kind of peace (celestial and earthy), even if they are qualitatively different. On the contrary, we think that multiple dialogic relations can be established between both kind of peace, so they people's own attitude and disposition put as the theoretical axe. The attitude can be objectified in the measure mean-purpose, in the measure where earthy peace is the mean to achieve the eternal peace, at least for the citizens of the Civitas Dei, the part that makes pilgrimage in the earth; whereas peace is an absolute purpose for the citizens of the Civitas Terrena.

In a more general sense, peace (pax) is the absence of dimensions and conflicts, As such, peace is perfectly fulfilled in an absolutely united world, where *"just one thing and not many things"* are. In the really existent world, which is a multiplicity word, peace is found on the tranquility of the order (tranquilitas ordinis), the disposition of similar and non-similar things, so all of them can have their own place (civ. Dei 19.13.1). The union between men is born from the *"union of heart"* (concord), whose root is found in the love of friends. A person's peace is perfect only if his or her love is well organized and he or she owns everything wanted. (en Ps. 84.10; s. 357.2; mor. 1.3.4).

Peace is one of the main concepts of Saint Augustine thinking. **The desire of happiness** is the driving force of every human action; **nobody can be happy not being in peace**. What we talk about the most, our more burning desire, and the thing we are the most satisfied to achieve (in other words, the best thing) is peace (civ. Dei 19.11)

Every person's goal is the achievement of peace. But the way to achieve it is difficult. Peace depends on a good will, a will driven by an organized love. In the current circumstances, people find this love difficult to be kept (exp. Prop. Rm. 13-18; en.Ps.121.12).

Although during his fist years, Saint Augustine believed in the power of human will to choose Good without help, he was later convinced that the capacity to choose well and love depended on the



grace of God. In fact, thanks to the study of his writings, we assert that he reached the conclusion that peace is truly a gift of God and not a human action (civ. Dei 15.4). If people accept completely this gift, they will be comforted and made stronger by God, in the middle of the current life pressures, who assures that they life before death will be free of any conflict. (Jo.ev.tr.104,1).

If peace is the paramount objective of one person's love during this life, greed will be defeated and envy will disappear. (exp. Gal 52). This happens because peace is the only good that can be shared with many people, without the reduction of the our own portion (s.357.1).

According to the Church Father, inner and external harmony is needed to get a perfect peace. The body must have an organized balance among all of its parts; the soul must have an organized satisfaction of its instincts. The sexual instincts should be neither too much nor too many; material things are needed for the sustenance of physical life. Intellectual instincts should reflect the correspondence between desire and moral values.

A person's inner peace depends on the right order between body and soul and the whole living being's health. Peace between humans comes with an organized friendship or "union of heart" (concord). Peace in a family comes when such friendship is reflected in a harmonious agreement between both governing and governed ones. Finally, the peace of the Celestial City, the most organized and harmonious, will be fulfill at the end time, when humankind and angels find joy in God and joy in one another thanks to God (civ. Dei 19.13.1).

We want to stress that Saint Augustine demarcates the limits of the earthy peace. Peace can be found during this present life, but perfect peace can be found only after death by those whose destiny is the achievement of Heaven. There are three reasons why, at least. The fist and most important is because the perfection of peace comes when peace is permanent, and this is not assured until the person enjoy the direct vision and God's perfect love, that eliminates even the possibility to sin. Such vision will not come until death. The second explains that, even in the case that we have everything that we can desire in this life (Saint Augustine enumerated things like money, a large family, irreproachable sons, beautiful daughters, glass filled to the brim, several heads of cattle, fences in perfect conditions, neither disturbances nor riots on the street, just calm and peace, a vast fortune at home as well as in the State), the best thing we can achieve is a kind of "second hand" peace. All these does not fulfill our desires, because it is temporal, linked to material things and, therefore, destined to perish someday. (en. Ps. 143.18; 89.9).

Although we are satisfied with what we have at the present moment, the perspective of death originates the fear that everything we own here and now should be lost forever (b.vita. 2.11). Something more is needed to make our peace and happiness perfect: To make them everlasting (mor. 1.3.5). Finally, as long as there will be life on this side of death, there will be an inner conflict with a body, which is gradually discomposed, and a soul constantly besieged by temptations.

Saint Augustine stress that the effort to achieve peace should begin inside oneself. We can't wait to attract peace to others, unless we have it inside. In this way, at least exteriorly, it is true that love is own (s.357.2-3). We cannot always control our times, but we can have some kind of control about out reaction to our times. Living a good live, we can make our time good, at least about the repercussion in our eternal destiny. A good life gives a base for hope, and in this hope we can find inner peace. (s.80.8).



The creation if such peace will be always a difficult job. While we live in our discomposing body, we must face our inquiring flesh and our weakened soul. Only a person with no-temptations, finally free from hunger, thirst, sickness and tiredness, will be able to find a complete inner peace. If he or she lacks of these, a daily battle will take place. There will be always a threat or at least a distraction of an inner life without conflicts (en. Ps. 84.10). Therefore, we are never free of anguish. In the best moments, good and beauty things temp us; in the worst moments, we are in danger of being crushed. (s. 20A.1).

Even in the best of the moments, those who are here and now in peace with themselves and the world must keep on fighting to retain that peace, conscious that God will assist for them in their difficulties and crown them they will finally be successful.

According to the bishop of Hippo, the person who achieves the moderate inner peace will be able to search for peace with other people, as we said in the forum. There are two basic peaceful relations with the others. First, we must not damage them; second, we should help them as far a possible (civ. Dei. 19.14). Ideally, peace is based on mutual and calm confidence, like that between inseparable friends (s.357.1), but throughout all the provinces, the security of peace rest on the oaths of barbarians (ep. 47.2). Such peace with estrangers will be always fragile and uncertain; even peace with those we know may not survive to the change that will happen to them (or us) tomorrow (civ. Dei 19.5).

To finish with this essay and as conclusion about Saint Augustine's considerations of **Earthy Peace and Celestial Peace**, some facts should be remarked:

The first lies in the positive esteem of the Earthy Peace, that can be found only in the people's constructions and conventions in the society in order to make the real coexistence between both kinds of citizens (those from the **Civitas Terrena and from the Civitas Dei**) possible. At the same time, this coexistence is only thinkable in a negative way, especially about the necessity of constrain.

The second is oriented of stress the importance of the Earthly Peace as one of the optimum ways to achieve the eternal peace, as far as it makes the social bounds possible, where the rational exercise is possible. They are, for Saint Augustine, essential in the peacetime, as a condition of the possibility of contemplation and reflection, for example, of the Scriptures. That is, he values the peace achieved by the Roman Empire, because thanks to it the Word of God could be spread with the expansion of the Church.

Saint Augustine skepticism about the possibility to consider extremely large periods of peace, do not invalid his positive opinion respect to them. Even if he considered war as a part of the human nature, this cannot be understood without the axiom of peace.



BIBLIOGRAPHY

P.-T. Camelot, “St. Augustine, Doctor of Peace”, Cross and Crown 6. 69-80.

C. Cary-Elwes. “Peace in the City of God”, La Ciudad de Dios 167.

San Agustín. La Ciudad de Dios. L.XIX, Pág.464.Club de Lectores. Bs.As. 1989

San Agustín. Op. Cit. L. XIX. Cap. XV, Pág. 477.

San Agustín. Op. Cit. L. XIX. Cap. XV, Pág. 478.

